

W E N D Y H M

*La apariencia es  
el antifaz de la mentira.*

# Atracción MORTAL

Nova Casa Editorial





## ÍNDICE

CAPÍTULO	1	9
CAPÍTULO	2	21
CAPÍTULO	3	25
CAPÍTULO	4	29
CAPÍTULO	5	33
CAPÍTULO	6	41
CAPÍTULO	7	47
CAPÍTULO	8	55
CAPÍTULO	9	63
CAPÍTULO	10	69
CAPÍTULO	11	75
CAPÍTULO	12	85
CAPÍTULO	13	93
CAPÍTULO	14	99
CAPÍTULO	15	103
CAPÍTULO	16	107
CAPÍTULO	17	113
CAPÍTULO	18	119
CAPÍTULO	19	131
CAPÍTULO	20	141

CAPÍTULO	21	151
CAPÍTULO	22	159
CAPÍTULO	23	165
CAPÍTULO	24	175
CAPÍTULO	25	183
CAPÍTULO	26	197
CAPÍTULO	27	205
CAPÍTULO	28	213
CAPÍTULO	29	223
CAPÍTULO	30	235
CAPÍTULO	31	245
CAPÍTULO	32	253
CAPÍTULO	33	263
CAPÍTULO	34	273
CAPÍTULO	35	283
CAPÍTULO	36	293
CAPÍTULO	37	301
CAPÍTULO	38	309
CAPÍTULO	39	315
CAPÍTULO	40	323
CAPÍTULO	41	331
CAPÍTULO	42	337
CAPÍTULO	43	345
CAPÍTULO	44	353
EPÍLOGO		361

Max Wilson ingresó a la Universidad Varsity y su llegada despertó inmediatamente la intriga de las jóvenes estudiantes. La belleza masculina que posee provocó que las chicas a su alrededor se derritieran con tan solo verlo. El problema era que tenía una actitud fría y cortante hacia los demás.

Ninguna chica, ni siquiera las populares, ha llamado su atención. Su relación con sus compañeros de clase es distante y eso se debe a lo que oculta. No habla con nadie a excepción de su compañero de deportes, Jordan. Han transcurrido varios días de su llegada y lo que ha ganado en ese tiempo ha sido miedo y pavor por parte de los estudiantes.

Siempre dará a conocer su disgusto o enojo con cualquier persona de forma física o verbal. Todas esas chicas que estuvieron al inicio de su llegada detrás de él, ahora lo evitan a toda costa para no ser humilladas. Lo mismo es con los chicos.

Emily Brown, una estudiante *aparentemente* común, se va adentrando a un mundo que ni ella misma imaginó. De tantas chicas que hay en su clase, es ella la que tiene que pasar por una serie de situaciones que la ponen en peligro. Su vida está llena de secretos y, lamentablemente, de decepciones que la ligan con el misterioso chico.



No creas todo lo que lees o escuchas; en esta historia tendrás que estar atenta a cada situación porque puedes llegar a confundirte sobre quién es quién. Más adelante puedes necesitar volver al principio y es ahí en donde te darás cuenta de que... *las apariencias engañan.*





Desperté la mañana del lunes con el estruendo de golpes que amenazaban con taladrarme los oídos. Alexander, mi hermano, era la persona que tocaba la puerta como siempre lo hacía antes de irnos a la universidad. Estaba acostumbrada a levantarme con el ruido de sus nudillos contra la madera.

Casi podía recordar a papá y mamá venir a despertarme cuando era pequeña. Pero desafortunadamente ellos no vivían con nosotros. Ambos se habían mudado el día en que ingresamos a la universidad, justo después de que la abuela falleciera. Papá nos dijo que era hora de volvernos independientes y arreglar nuestros propios asuntos. Yo tenía pensado conseguir un departamento para comenzar una vida aparte, pero Alexander no estuvo de acuerdo.

Al final, decidimos quedarnos en casa juntos.

Alexander tenía veinte años —dos años mayor que yo—, pero su comportamiento era de una persona de treinta. Aunque tenía que admitirlo, era un hermano responsable, se encargaba de los gastos de la casa y de cualquier inconveniente. Según él, yo debía preocuparme solamente por los estudios y por volver a casa temprano. Decía que, con mis dieciocho años, yo aún no tenía la experiencia para enfrentarme a la vida.

Me molestaba que pensara eso de mí.



Sí, era tímida e insegura, pero también tenía mi carácter. Él, en cambio, era extrovertido, sociable y arrogante. No entendía cómo su novia Karen lo soportaba la mayor parte del tiempo en las clases.

—No dejaré de tocar hasta que abras la puerta —lo escuché decir desde el otro lado.

Gimiendo de pereza, me levanté de la cama y luego de arrastrar los pies por la habitación, logré girar el pomo.

—Ya estoy despierta —me tallé los ojos y aún somnolienta, lo vi en el umbral con un aura impaciente.

—Tienes media hora —señaló el reloj de su muñeca y se dio la vuelta, dejando un aroma a perfume y jabón.

Rodeé los ojos y cerré la puerta mientras soltaba un bostezo. Me estiré y di unos cuantos pasos antes de dejarme caer en la cama de nuevo. Odiaba levantarme temprano como cualquier persona y odiaba el hábito que tenía mi hermano para venir a despertarme. Me ponía de mal humor.

Luego de cinco minutos, me levanté a regañadientes y ordené las sábanas. El teléfono comenzó a sonar y me incliné a la mesita de noche. Era una llamada de Alexander. Sabía que solo lo hacía para apresurarme. Cogí un atuendo de ropa del armario y me dirigí al cuarto de baño.

Veinte minutos después, salí de la ducha y me vestí en tiempo récord. Me colgué la mochila en un hombro y tomé la caja de materiales que el profesor de laboratorio había encargado.

No iba a tener tiempo para desayunar, eso era un hecho. Dejé salir un suspiro y me advertí mentalmente que la próxima vez me levantaría temprano.

Alexander estaba en el sofá de la sala, tecleando el teléfono y moviendo el pie. Cuando me miró, rápidamente lo guardó en sus bolsillos y me quitó la caja que sujetaba torpemente entre las manos.



—¿Qué diablos es esto? —frunció el ceño, inspeccionando lo que había dentro.

—Materiales para el laboratorio —dije tomando su mochila. Salimos de casa y ambos subimos a la camioneta.

—Me alegra no estar en esa clase —dijo cuando comenzó a conducir.

No le tomé importancia, simplemente me digné a mirar por la ventana. El cielo estaba tornado de un color gris opaco. El panorama era algo extraño debido a que la mayor parte de los días eran soleados, pero llegué a la conclusión de que era algo normal e insignificante.



El estacionamiento de la universidad estaba invadido de autos y estudiantes. El ambiente era un poco sofocante e irritante como todos los inicios de semana. Después de un par de vueltas, Alexander localizó un lugar donde aparcar. Bajé de la camioneta y miré a mi alrededor con la esperanza de encontrar a Kim o Claire, aunque seguramente ya estaban dentro del edificio.

—Te ayudaré con esto —dijo Alexander, tomando la caja de nuevo.

Caminamos por el asfalto y mi hermano saludó a algunos de sus amigos. Cuando escuché el ruido amortiguado de una moto, miré sobre mi hombro. Había reconocido ese sonido durante estos días. Max Wilson era el único que conducía un vehículo tan intimidante y escandaloso. Lo vi bajar de la moto y comenzó a caminar dando pasos sólidos y firmes. Era evidente que le molestaba integrarse con sus compañeros, ninguno de ellos le dirigía la palabra por miedo a ser ignorado o insultado. La persona con la que se relacionaba durante las clases o en las horas de descanso era Jordan, otro chico serio y reservado.

Desde que ingresó a la universidad, las chicas no dejaban de hablar sobre lo atractivo y sexi que era. Sin embargo, dejaron de intentar entablar una conversación con él, ya que bastó un par de horas para que todos nos diéramos cuenta de su actitud fría y distante.

Max se acercó y me miró por un pequeño instante mientras se ajustaba la chaqueta negra de cuero. Inmediatamente aparté la mirada y cuando me esquivó pude percibir un aroma embriagante a especias. Algunos lo observaron disimuladamente mientras avanzaba a la entrada del edificio. Ninguno se enfrentaba a él por miedo a salir perjudicado. Los primeros días se involucró en varias peleas con los chicos que se arriesgaban a contradecirlo, lo que fue suficiente para que los demás se quedaran mudos y se apartaran cada vez que estaba alrededor.

El timbre de entrada me sacó de mi ensoñación y apresuré a Alexander por los pasillos hasta llegar al salón de Bioquímica. Le agradecí a mi hermano por la ayuda y se despidió dándome un beso en la frente.

—Te veo en la salida —lo escuché decir cuando salió trotando en dirección a su clase.

Luego de que entré al laboratorio, saludé a algunos compañeros y dejé caer la caja de materiales en la mesa de aluminio. Mientras sacaba el cuaderno de apuntes y el bolígrafo de la mochila, escuché la voz chillona de Kim al fondo del salón. Me giré y sonreí entusiasmada cuando se levantó de su silla. Probablemente venía a contarme lo relevante del fin de semana. Lamentablemente, el profesor Robert llegó y le llamó la atención.

—A su lugar, señorita, la clase ya va a comenzar.

Renegó por lo bajo y volvió a su asiento desganadamente. Me volví a mi lugar al mismo tiempo que mi compañero de mesa se sentaba a mi lado.

—¿Qué tal, Emily?

Dejé salir un suspiro totalmente audible y lo miré forzando una sonrisa.

—Hola, Lein —tenía que destacar que él era el chico más flojo de la clase. No hacía nada durante las prácticas. Se pasaba perdiendo el tiempo haciendo otras cosas, dibujaba garabatos en el cuaderno, revisaba discretamente su teléfono o simplemente se quedaba ahí esperando a que dieran el timbre. Y el resultado era que estaba obligada a realizar todo el trabajo. De ninguna manera iba a permitir una mala calificación por su culpa.

—Buenos días, jóvenes —el profesor dejó caer el deteriorado portafolio sobre el escritorio y sacó sus enormes gafas de aumento.

Algunos respondieron las mismas palabras y otros, incluyéndome, susurramos. La primera clase de la mañana era la más aburrida de todo el día. Era tentador tomar una pequeña siesta y recuperar algunas horas de sueño interrumpidas, pero eso era imposible porque los ojos del profesor Robert se mantenían atentos en cada uno de nosotros.

—Bien, veo que todos trajeron los materiales que les pedí. Empezaremos con el proyecto de reacción de los hidrocarburos —sacó un rotulador y empezó a escribir formulas y ecuaciones en la pizarra—. Lein estaba entretenido hablando con el compañero de atrás, así que anoté el procedimiento.

Luego que el profesor entregara solventes en cada mesa, avisó que llevaríamos a cabo el experimento. Comencé a ponerme a cargo, inicié sacando los recipientes de vidrio de la caja y agregando las sustancias correspondientes. Las reacciones que obtuve fueron variadas. Algunas se quedaban igual y otras cambiaban de color casi mágicamente. Era interesante.

—Es mi turno —avisó Lein sin ninguna emoción. Ignorándolo, anoté los resultados que coincidían con los de la pizarra y seguí diluyendo los líquidos del recipiente—. Quiero intentarlo.

Respiré profundamente al necesitar paciencia y dije entre dientes: espera un momento.

Su insistencia no me molestaba demasiado porque ya estaba acostumbrada, pero sí me irritaba demasiado cada vez que pretendía estar interesado en los trabajos cuando estaba por finalizarlos. Era su manera de hacerme creer que estaba colaborando en algo sabiendo que su ayuda era innecesaria.

—Puedo hacer eso por ti —se inclinó hacia a mí con la intención de arrebatar-me el recipiente y me rehusé. Los conflictos no eran lo mío, prefería encontrar la manera de solucionarlo sin llegar a ser agresiva. Mis amables protestas fueron rechazadas y continuó intentando quitarme lo que tenía en las manos.

—Basta, Lein —estaba por empujarlo, pero alcanzó el recipiente y cuando hice un movimiento en falso, lo soltó bruscamente—. Mierda.

Ambos dejamos de forcejear cuando el frasco se desplomó en pedazos de vidrio sobre el suelo y durante unos segundos hubo un silencio adormecedor en el laboratorio. El profesor dejó de escribir en la pizarra, y cuando las miradas de los demás se posaron en nuestra mesa, contuve la respiración deseando tener algún tipo de poder para revertir la vergonzosa escena. Los murmullos y risitas de mis compañeros solo aumentaron el ardor que se había apoderado de mis mejillas.

*Estúpido Lein.*

Lo fulminé con la mirada, queriendo quitarle la sonrisa burlesca del rostro. El profesor llegó hasta nosotros y se cruzó de brazos mientras observaba el suelo.

—¿Qué sucedió aquí? —preguntó con indignación. Me contuve en decirle que era bastante obvio, pero debía referirse a quién era el responsable.

No me sorprendió cuando Lein se quedó callado, solamente me observó insinuando que él no diría nada.

—Lo siento —comencé—, es culpa de...

—Consigue algo para limpiar este desorden —ordenó en tono molesto.

Miré a Lein y se encogió de hombros. El cínico se concentró en revisar los resultados que había escrito en mi cuaderno de apuntes.

—Está bien —refunfuñé, levantándome del asiento y poniendo los ojos en blanco.

Luego de salir del aula siendo observada, dejé salir un suspiro. No soportaba ser el centro de atención, menos aun cuando se trataba de una situación embarazosa. Comencé a caminar por los pasillos vacíos en busca de un conserje. Solo tenía que limpiar y aguantar los pocos minutos que quedaban de clase. Simple.

Recorrí todo el edificio de la universidad y me tomó un tiempo encontrar el cuarto de limpieza que estaba al final de las escaleras que llevaban al segundo piso. El chirrido metálico de la puerta hizo un sonido espeluznante cuando la abrí. Permanecí cerca de la puerta y llamé al hombre de mantenimiento. Volví a llamarlo al no obtener respuesta. Tal vez estaba en otra parte, pero aquí se encontraba lo que necesitaba.

Bajé unos cuantos escalones y confirmé que me encontraba en el sótano. El lugar era frío y tenebroso. La luz del exterior no lograba entrar por la rendija superior de la pared. Una lámpara encendida estaba encima de un viejo escritorio permitiéndome no estar a oscuras. Caminé a paso lento y me dirigí a los estantes oxidados. Tomé la escoba y un par de trapos. Con esto bastaría.

Cerré el estante y me detuve en seco cuando escuché una respiración unos metros detrás de mí. Los vellos de mi nuca se crisparon y quise convencerme que el hombre de mantenimiento había regresado. Pasé saliva y me volví con lentitud. No creía en fantasmas y ese tipo de supersticiones, pero no pude evitar

soltar un grito agudo cuando vi a alguien recargado en la pared. Asustada y aturdida, retrocedí hasta que choqué con el estante.

La mirada penetrante del chico se encontró con la mía y el aire dejó de entrar en mis pulmones. ¿Max? No podía comprender qué hacía aquí, aislado y callado cuando debía estar en clases. Sus ojos oscuros, como un profundo abismo, tenían un brillo escalofriante, pero a pesar de eso comprendí el interés de las chicas. Su cabello negro estaba peinado en ligeras puntas y algunos mechones estaban desordenados. Entre las penumbras, pude notar que tenía una mandíbula cincelada y un rostro que era de admirar. Sus labios rellenos sostenían un cigarrillo con delicadeza y firmeza. Era alto, atlético y delgado. Me di cuenta de que no tenía la chaqueta, llevaba una camiseta gris que se apegaba disimuladamente contra su torso y podía asegurar que había músculos firmes por debajo.

—¿Qué diablos me ves?

Su voz áspera y llena de masculinidad me sobresaltó, el corazón se me aceleró y comencé a tener problemas para mantener mi respiración estable. Frunció el ceño, esperando una respuesta y tiró el cigarrillo bruscamente al suelo mientras un humo espeso salía de sus labios.

Tomé aire, protegiéndome con la escoba y los trapos en el pecho.

—Lo... lo siento, yo no... —tartamudeé, sintiendo el estómago encogido.

—Fuera de aquí —advirtió fríamente, señalando la puerta con la barbilla.

*¿Cuál era su maldito problema?* Quería decirle que no iba a quedarme y que relajara su actitud, pero sabiendo que estábamos solos en el sótano de la universidad, salí de ahí y retomé mi camino por los pasillos.

Era la primera vez que cruzaba palabras con él. Yo no era de esas personas que juzgaban a los demás por su apariencia. Una parte de mí pensó que todos los rumores y especulaciones de su cortante personalidad eran falsos. Supongo que me había equivocado con respecto a ello.

Traté de olvidar ese intenso y pequeño percance cuando llegué al salón. El profesor me miró por un segundo antes de seguir explicando algo relacionado con la asignatura. En silencio, limpié el desorden y soporté algunas miradas de reojo de mis compañeros, incluso de Lein, quien se había tomado la molestia de terminar el trabajo.

El timbre sonó y dejé de visualizar la mirada de Max en mi mente. Todos recogieron sus cosas mientras el profesor nos recordaba lo que necesitaríamos para la próxima clase. Miré los trapos y la escoba mordéndome la mejilla interna. Decidí detener a Lein y le pedí que dejara las cosas de vuelta al sótano. Aceptó con un asentimiento enfurruñado y sentí el alivio en mi cuerpo. Todavía seguía abrumada como para volver ahí.



En la hora del almuerzo estaba en la cafetería con Kim y Claire. Consideré contarles lo que me había sucedido con Max, pero realmente no había pasado nada interesante, así que omití decirlo.

—Reprobé Biología —Claire suspiró tristemente mientras ponía la bandeja de comida en la mesa.

—Yo estoy peor, reprobé dos asignaturas —la calmó Kim, dándole un sorbo a su Coca-Cola.

—Si hubieran estudiado no estarían quejándose —dije, sentándome frente a ellas.

Yo no había reprobado ninguna. Debía reconocer que era dedicada en ese aspecto. No tenía las mejores notas, pero mantenía un promedio considerable.

Ignoraron mi consejo porque sabían que tenía razón y empezaron hablar sobre los castigos de sus padres. Kim probablemente se quedaría sin salidas los fines de semana y a Claire le quitarían su pequeño y viejo Volkswagen rojo. Ambas llegaron a la conclusión que por el momento no le mencionarían nada a sus padres.

Jugando con la papa frita en la salsa de tomate, miré sobre mi hombro. La cafetería estaba llena como era de esperarse, pero mis ojos buscaron la mesa de la esquina en donde encontré a Max conversando con Jordan.

Pensé en la posibilidad de que le estaba contando sobre mí... O tal vez no. Sacudí la cabeza, *¿en qué estaba pensando?*, yo era un cero a la izquierda para él. Me volví hacia Kim y Claire, quienes seguían lamentándose. Permanecí escuchándolas los primeros segundos, pero el instinto me delató y miré nuevamente sobre mi hombro.

—Emily —la voz de Claire sonó con cierto temor.

Aparté la vista y me endrecé. La miré interrogante, pero Kim fue la que habló antes que ella.

—Deja de mirarlo —dijo con una pizca de súplica y preocupación.

—¿A quién? —pregunté, aparentando indiferencia.

—Si Max se da cuenta de que lo estás mirando te arrepentirás de haberlo hecho —susurró Claire.

—Estaba buscando a mi hermano —me justifiqué, encogíendome de hombros y llevándome la papa frita a la boca.

—Alexander está en la mesa de atrás —dijo Kim, lanzándome una mirada escéptica.



—Con su novia Karen —aclaró Claire un poco dolida.

Suspiré tristemente porque sabía que ella había estado enamorada de mi hermano desde que lo conoció. Tuve que quitarle esas ilusiones de salir con él porque ya tenía novia. Aún podía recordar su rostro decepcionado, pero terminó conformándose con ser *la amiga de su hermana*.

Kim comenzó a molestarla con respecto a sus celos y tomé la oportunidad para volver a mirar a Max. Sabía que estaba actuando como una bobita, pero sentía curiosidad por él. Era intrigante cómo resaltaba entre los demás. No solo porque era apuesto, sino porque tenía esa vibra misteriosa e hipnotizante que me atraía.

Cuando atrapó mi mirada supe que me había quedado observándolo más de lo usual. Me estremecí como si tuviera algún poder sobre mí, sin olvidar mencionar que había algo inexplicable en sus ojos. Parecía que no estaba siendo él mismo, como si estuviera imitando una personalidad que no le pertenecía.

Su mandíbula se apretó como si hubiera descubierto alguna pista que no debía saber. Desvié la mirada hacia mis amigas y traté de terminar la comida sabiendo que había perdido el apetito.

—Hoy se veía mejor que ayer —comentó Kim y me di cuenta de que estaba hablando del profesor Andrew—. Llevaba un traje gris y puedo apostar que hace pesas después de clases.

Rodeé los ojos. Ese era uno de los muchos comentarios que nuestro profesor de Economía tenía que soportar. Era un hombre cerca de los cuarenta años y el más joven de todos. Se convirtió en el amor imposible de Kim desde que se presentó, no le importaba que tuviera una esposa y tres hijos, ella seguía suspirando con anhelo cada vez que hablaba de él.

—Dime, por favor, que también te derrites cuando se acerca a entregarte el examen —dijo, pestañeándome los ojos teatralmente.

—La verdad no —alcé un hombro y le di un sorbo a mi bebida—. Más bien me preocupo por el resultado de la calificación.

Claire rio y Kim se quejó.

—No eres buena dando opiniones.

—Como tú eres una experta —me arriesgué a saber su punto de vista—, ¿qué opinas de Max Wilson?

Hizo una pequeña pausa.

—Es extremadamente y aterradamente atractivo —lo miró por un instante antes de continuar—. Lástima que su actitud echa todo a perder.

—¿Atractivo? —replicó Claire, haciendo una mueca—. Quiero decir, sí lo es, pero a mí me da miedo. Su mirada me asusta.

No podía negarlo del todo. Algo realmente inquietante debía estar ocultando para mantenerse distante.

—¿Qué piensas tú de él? —me preguntó Kim, arqueando las cejas.

Al principio dudé qué decir, pero cuando estaba por responder escuché una voz ronca e imponente detrás de mí.

—¿Tienes algún problema?

Me tensé, reconociendo el tono que carecía de amabilidad. Kim y Claire miraron sobre mi hombro con sorpresa, las expresiones aterrorizadas de sus rostros y de los demás fueron suficientes para dejarme nerviosa.

El único que podía causar este tipo de atención era Max.